



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Dionisio Moreno Barrio, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta hoja parroquial.

Domingo infraoctava de Navidad

La Epístola está tomada de la carta de San Pablo a los Gálatas (IV, 1-7).

Hermanos: Mientras el heredero es niño, en nada se diferencia del siervo, no obstante que es dueño de todo; sino que está bajo la potestad de los tutores y administradores, hasta el tiempo señalado por su padre. Así nosotros, cuando éramos todavía niños, estábamos servilmente sujetos a las primeras y más groseras instrucciones que se dieron al mundo. Mas llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, formado de mujer, y sujeto a la ley para redimir a los que estaban debajo de la ley, y a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, esto es, Padre. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo; y siendo hijo, es también heredero por la gracia de Dios.

COMENTARIO

Nada expresa mejor lo que debemos al nacimiento del Señor, que lo que dice la Carta de San Pablo a los fieles de Galacia. Por el advenimiento de Cristo, dice, fuimos redimidos de la servidumbre de la ley antigua y recibimos la adopción de hijos de Dios y con esta filiación el derecho a la herencia del cielo.

A la luz de esta verdad se comprende la ansiedad con que era esperado El Mesías y los ruegos para que los cielos lloviesen el Justo y se abriese la tierra para que germinase el Salvador.

Estado de servidumbre era el del pueblo Hebreo sujeto al culto y ceremonias carnales que eran instrucciones figurativas que Dios había dado al mundo para disponerle a la venida de Cristo.

Desde esta venida se rompieron las cadenas de esta servidumbre y el hombre hecho hijo de Dios pudo levantar los ojos al cielo, que permanecía hasta entonces cerrado, y mirarlo como propia herencia. Siendo pues Jesucristo nuestro libertador, se comprende la alegría con que fué recibido en su nacimiento y que el mundo guardase el grato recuerdo de aquella fecha como lo viene haciendo a través de los siglos.

La alegría a que el pueblo se entrega en la Noche Buena, es una prueba de que el trascurso de los siglos no ha podido hacer olvidar los beneficios que recibió el mundo con el nacimiento del Niño Jesús.

¿A dónde vamos?

Es muy común en los hombres el dejar pasar los días de la vida, sin preguntarse si en ellos han trabajado lo debido para conseguir lo que Dios quiere de nosotros al darnos el tiempo necesario para merecer nuestro fin.

La mayoría de los hombres viven—y desgraciadamente mueren—persiguiendo una ilusión, esperando la realización de ensueños vanos que a nada conducen; y así dejan pasar las horas de la vida. Pero es lo cierto que al fin tienen que sentir el peso de los desengaños, al ver que la vida se escapa sin que hayan podido conseguir sus deseos.

Pues ahora, al terminar el año, se nos presenta una ocasión propicia para meditar sobre asunto tan serio. Y no será tiempo perdido el que invertimos en estas saludables consideraciones.

Estamos presenciando la agonía de un año; el que más y el que menos ha presenciado ya la de muchos. Es un año que, como los anteriores, se nos escapa de las manos. Es un año en que hemos ejercitado nuestras facultades en muchas y muy diversas ocupaciones. Es un año en que hemos seguido por el camino de la vida, acaso sin darnos cuenta de ello, y sin que nos haya preocupado la necesidad de aprovechar bien ese tiempo.

Son muy pocos los que en ese camino hacen un alto para preguntarse: ¿a dónde vamos? Y es una locura andar y andar por sendas extraviadas, por las que no se va a ninguna parte, o andar a ciegas sin saber a dónde nos dirigimos.

El buen negociante dirige sus esfuerzos todos al lucro más remunerador, y deja a un lado todo esfuerzo que no le rinda alguna ganancia. Pues todos estamos interesados en el mayor de los negocios, que podemos llamar el único: el de nuestra salvación. Y, no obstante, nos ocupamos en muchas cosas, y gastamos el tiempo en ellas y perdemos nuestras energías, que preferentemente o exclusivamente debíamos emplear en el negocio del alma.

El que quiere aprovechar las aguas de una montaña, procura unir en un solo canal los diferentes manantiales, sin ponerles ningún obstáculo que pudiera desviar la corriente. Así también, si queremos aprovechar las fuentes de

la gracia de Dios para alcanzar nuestro fin, hemos de procurar no entorpecer los canales de esa gracia por nuestra pereza o por nuestros pecados.

El que tiene que cruzar extensos territorios para llegar al punto de término, busca el camino más derecho y más expedito, y, puesto en marcha, no se detiene más que lo necesario para descansar, y no se separa a un lado ni a otro con peligro de extraviarse o de no llegar nunca. Pues todos somos peregrinos que por las escabrosas sendas de este destierro del mundo nos dirigimos a nuestra verdadera patria. Y será una locura de nosotros a descansar entre las falsas delicias que nos parece hallar a los lados de ese camino, con peligro grande de no alcanzar o no llegar a tiempo al fin deseado de nuestra peregrinación, que es nuestra eterna felicidad.

¿No hemos hecho estas consideraciones al terminar los otros años que contamos de vida? Pues hagámoslas, en la seguridad de que nos serán muy provechosas. ¿Las hemos hecho, y en el correr de los días y de los meses las hemos olvidado en medio del tráfico del mundo? Pues procuremos conservarlas más en nuestra memoria. Porque es lo cierto que el que no trabaja para conseguir un fin, no lo consigue. Y este fin de la salvación de nuestra alma es puramente personal sin que nadie, por muchos esfuerzos que haga, pueda conseguirlo por otro. Cada uno se ha de labrar su propia dicha, si quiere poseerla.

Al terminar el año, este es el mayor bien que os desea la Hoja Paroquial: que meditéis seriamente sobre estas palabras: ¿A dónde vamos?

Los Papas de la Iglesia

(Continuación)

197. Benedicto XII, (Fournier), Francés, 1334-1342.

198. Clemente VI, (Canillac), Francés, 1342-1352.

199. Inocencio VI, (Aubert), Francés, 1352-1362.
200. B. Urbano V, (Grimoard), Francés, 1362-1370.
201. Gregorio XI, (Roger de Canillac), Francés, 1370-1378.
202. Urbano VI, (Prignano), Napolitano, 1378-1389.
203. Bonifacio IX, (Tomacelli), Napolitano, 1389-1404.
204. Inocencio VII, (Migliorati), de Sulmona, 1404-1406.
205. Gregorio XII, (Corrari), del Veneto, 1406-1409.
206. Alejandro V, (Filargo), de Candía, 1409-1410.
207. Juan XXII, (Cossa), Napolitano, 1410-1415.
208. Martín V, (Colonna), Romano, 1417-1431.
209. Eugenio IV, (Condulmeri), del Veneto, 1431-1447.
210. Nicolás V, (Parentucelli), de Sarzana, 1447-1455.
211. Calixto III, (Borja), Español, 1455-1458.
212. Pío II, (Piccolomini), de Sena, 1458-1464.
213. Paulo II, (Barbo), del Veneto, 1464-1471.
214. Sixto IV, (della Rovere), de Savona, 1471-1484.
215. Inocencio VIII, (Cibo), Genovés, 1484-1492.
216. Alejandro VI, (Borja), Español, 1492-1503.
217. Pío III, (Tudeschini-Piccolomini), de Sena, 1503-1503.
218. Julio II, (della Rovere), de Savona, 1503-1513.
219. León X, (Medici), Florentino, 1513-1521.
220. Adriano VI, (Dedel), de Utrecht, 1522-1523.
221. Clemente VII, (Medici), Florentino, 1523-1534.
222. Paulo III, (Farnese), Romano, 1534-1549.
223. Julio III, (dal Monte), de Monte San Sabino, 1550-1555.
224. Marcelo II, (Cervini), de Montepulciano, 1555-1555.
225. Paulo IV, (Carafa), Napolitano, 1555-1559.
226. Pío IV, (Medici) Milanés, 1559-1565.
227. San Pío V, (Ghisleri), nacido en Bosco (diócesis de Tortona), 1566-1572.
228. Gregorio XIII, (Boncompagni), de Bolonia, 1572-1585.
229. Sixto V, (Peretti) de Grotta-mare (Montalto), 1585-1590.
230. Urbano VII, (Castagna), Romano, 1590-1590.
231. Gregorio XIV, (Sfondrati), de Cremona, 1590-1591.
232. Inocencio IX, (Fachinetti), de Bolonia, 1591-1591.
233. Clemente VIII, (Aldobrandini), Florentino, 1592-1605.
234. León XI, (Medici), Florentino, 1605-1605.
235. Paulo V (Borghese), Romano, 1605-1621.
236. Gregorio XV, (Ludovisi), de Bolonia, 1621-1623.
237. Urbano VIII, (Barberini), Florentino, 1623-1644.
238. Inocencio X, (Pamphily), Romano, 1644-1655.
239. Alejandro VII, (Chigi), de Sena, 1655-1667.
240. Clemente IX, (Rospigliosi), de Pistoia, 1667-1669.
241. Clemente X, (Altieri), Romano, 1670-1676.
242. Inocencio XI, (Odescalchi), de Como, 1676-1689.
243. Alejandro VIII, (Ottoboni), del Veneto, 1689-1691.
244. Inocencio XII, (Pignatelli), Napolitano, 1691-1700.
245. Clemente XI, (Albani), de Urbino, 1700-1721.
246. Inocencio XIII, (Conti), Romano, 1721-1724.
247. Benedicto XIII, (Orsini), Napolitano, 1724-1730.
248. Clemente XII, (Corsini), Florentino, 1730-1740.
249. Benedicto XIV, (Lambertini), de Bolonia, 1740-1758.

Echemos cuentas

Lean todos los feligreses

De vez en cuando acostumbremos a echar una ojeada retrospectiva a los días que pasaron, cabiéndonos entonces la satisfacción del bien que hicimos o la pena y el remordimiento del bien que dejamos de hacer.

Especialmente nos entregamos a estos pensamientos al terminar el año, para examinar si nuestro estado en alguno de los órdenes de la vida es próspero o desgraciado.

Pues todo feligrés debe del mismo modo pensar en estos días en la influencia de sus actos respecto de la marcha de la Parroquia.

Deben tener presente todos que no hay feligrés alguno, rico o pobre, sabio o ignorante, cuya conducta no influya en bien o en mal en el adelanto o retroceso de toda la feligresía.

Hay muchos modos de contribuir al bien de la Parroquia. Unos pueden hacerlo remediando sus múltiples necesidades para el templo parroquial, para el culto, para la Catequesis y para los pobres. Otros pueden contribuir con sus facultades y aptitudes personales para el canto, para la enseñanza del catecismo y para la visita de enfermos, ayudando al Párroco en estas diversas actividades parroquiales que son tan urgentes y necesarias. Y por fin, todos pueden contribuir a la solemnidad de las fiestas y demás actos de culto de la Parroquia con su asistencia.

Esta asistencia asidua a los cultos parroquiales es el mayor beneficio que podéis hacer a la Parroquia, porque es el que exige y supone más amor; y sin amor no se lleva a cabo ninguna empresa de importancia.

Así, pues, cada uno puede preguntarse del siguiente modo:

¿Tengo a la Hoja Parroquial el cariño que necesita para tener vida y

ser considerada por todos como la voz de la misma Parroquia? ¿Y qué he hecho por ello durante el año? ¿La he leído atentamente y con preferencia a los demás escritos que han caído en mis manos? ¿He procurado coleccionarla?

¿He sufragado conforme a mis posibilidades los enormes gastos que por todos conceptos pesan sobre una Parroquia? He ayudado a enseñar la Doctrina cristiana todos los domingos y demás días festivos en la Catequesis? ¿He dado las limosnas a que estoy obligado para los pobres y enfermos de la feligresía?

¿He prestado el calor de mi asistencia todos los días que he podido a las Misas de la Parroquia? ¿He procurado comulgar en ella todos los días, para que en el registro y número diario de Comuniones figure siempre la mía?

¿He asistido siempre a los Viáticos y a las demás procesiones eucarísticas de la Parroquia? ¿He procurado inscribirme en las cofradías parroquiales, cumpliendo lo que exigen a los hermanos?

¿He ido todas las tardes al ejercicio vespertino de la Parroquia, y especialmente a los más solemnes, sin faltar un solo jueves a la «Hora Santa», ni un viernes al «Miserere» de Jesús Nazareno, ni un primer domingo de mes a la procesión indulgenciada de la Virgen del Carmen?

¿Visito con frecuencia a Jesús Sacramentado que me espera todos los días en el Sagrario de mi Parroquia? ¿Pertenezco a la Adoración diurna y cumplo escrupulosamente con tan santos deberes?

¡Dichosos los feligreses que, al hacer este recuento, puedan recibir el parabién y la satisfactoria felicitación de su propia conciencia! Pueden llamarse con razón buenos feligreses.